

PURO EMPEÑO

MARÍA IGLESIAS

PURO EMPEÑO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2025

© María Iglesias, 2025
Representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1182-2

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 14713-2025

Impreso en España

A Laura Blanco, Carmen Belén Jimeno,
Virginia Meneses y María González de Caldas,
amigas de mi vida desde antes de ser mujeres.

A Natalia Queraltó por llegar y quedarte
con tanto cariño y por la alegría
de la amistad de nuestras hijas.

A Lucrecia Hevia por la sorpresa
de encontrarnos, ya madres y periodistas
con compromisos compartidos,
y construir juntas trabajo y vida,
convirtiéndonos en íntimas.
Te echo tanto de menos...

A Bineta Gaye, colega periodista
y activista senegalesa en Sevilla,
y a esos tres soles tuyos que impulsas
a brillar pese a todo el racismo del mundo.

«Como seres humanos tenemos derecho a consignar
la historia que nos afecta y a no creernos
a quienes la han escrito, pues no hay verdad absoluta
en lo que se registra. La única verdad es lo que vemos
con nuestros ojos, lo que sentimos,
aquello por lo que padecemos día a día,
la miserable herencia de las relaciones de esclavitud».

Abdelaziz Báraka Sakin, *El Mesías de Darfur*

«Entonces nadie se dio cuenta; pero mirando
hacia atrás pudimos ver que la sangre de Waiyaki
contenía una semilla, un grano que dio origen
a un movimiento cuya mayor fortaleza,
desde ese día, nacía del vínculo con la tierra».

Ngũĩ wa Thiong'o, *Un grano de trigo*

«El arraigo es quizá la necesidad más importante
y más ignorada del alma humana».

Simone Weil, *El arraigo*

En la vida hay cosas que sabes que acabarás contando. Historias que tendrán continuación, que necesitas revelar, aunque durante años las hayas tapado como el mayor secreto. Repasas cómo empezó todo, lo que ocurrió luego. Hablas de ello contigo, al principio a diario, de forma obsesiva, luego sólo a veces. Para tus adentros, cuando el recuerdo te asalta en medio de cualquier reunión o frente al ordenador en pleno trabajo, o de una forma más parecida al diálogo cuando estás sola con tu reflejo en el espejo del baño, con el perfil que te acompaña por el pasillo o la sombra que dibuja en la pared el atardecer al entrar su luz por la ventana desde el parque. «No puede quedar así». En eso se funda tu certeza, que por supuesto sabes ridícula porque no hay seguridad alguna. En realidad, lo más probable es que la escena que imaginas nunca llegue a ocurrir, que los hechos que callas, de los que formas parte, nunca se aclaren. Compartirlos no los haría mejores ni justificables. «Pero es que no puede quedar así», te dices de nuevo. La frase funciona como un conjuro y el relato se reinicia en tu mente igual que la melodía de una añeja caja de música que alguien abre en alguna parte o la banda de imágenes, de caballos salvajes, leones de circo, parejas de baile que empiezan a moverse al girar el tambor de ese artificio, el zoótropo, reliquia en los museos del origen del cine.

El caso es que ella, nada más conocerme, me adoptó. Decidió salvarme de todo, hasta de mí misma. Cualquiera se resistía al torbellino Simone. Era muy perceptiva, siempre lo ha sido. En mí leyó el dolor, aun sin saber la causa.

–Pon la piqueta recta –corrigió mi mano–. Dale fuerte con ésta. –Me pasó una piedra más plana para montar la tienda en esa acampada solidaria en los jardines de Cristina, entre el río y el centro de Sevilla.

Acababa de aparecer, desde Puerta Jerez, tan desenvuelta como entró a nuestra reunión de Erasmus de Audiovisuales. Ella llegaba de Nantes, yo me iría a París pasadas las Navidades. La coordinadora debió ver útil que los becados nos juntáramos, o quizás era una condición obligada del programa. Nadie, salvo Simone, se dio cuenta de que yo no estaba preparada para viajar lejos de casa. No es que me lo dijera; al contrario. A toro pasado la veo casi como una paloma, protegiendo y alentando a volar a su pichón. Esa tarde en concreto no paraba de moverse, cámara al cuello, ni de grabarnos mientras organizábamos el campamento, y luego en la asamblea alrededor de la candela.

–Me encanta vuestro idealismo –me susurró–. Es tan propio de españoles...

Su mirada verde irradiaba admiración, hasta envidia de no haber nacido ella española e idealista.

–¿Y vuestra Revolución francesa? –le repliqué yo, que había estudiado en una escuela francesa donde a la mínima cantábamos *La Marsellesa* y cortábamos cabezas con una guillotina de cartulina forrada con papel de plata.

–¡La vieja revolución! ¡Antes de Napoleón! –soltó, y nos miraron–. Aquí se nota que tenéis una democracia veinteañera –dijo en francés–. ¡Aún creéis en la diferencia izquierda-derecha! –remachó, y le chistaron.

Simone amaba España, la «España-Carmen» que se inventó su paisano Merimée al crear a la fogosa cigarrera que se suponía liaba el tabaco en ese edificio que luego, para nosotros, sólo era la sede de Historia, las Filologías y el rectorado. Nos veía apasionados, vehementes, viscerales, artistas. Adoraba a Lorca, Picasso, Almodóvar y, en cambio, *Tesis de Amenábar* o *Things I never told you* de la Coixet la irritaban justo por lo que a mí me entusiasmaban, por ser de una España menos de raíz. Pese a mis ojos y pelo negro frente a su melena rubia e iris glaucos, Simone era más Carmen que yo mil veces.

Me prometió viajar a verme a París en primavera, cuando yo ya estuviera bien instalada y adaptada. Habría venido antes si yo le hubiera confirmado su intuición de que el frío, la lluvia y la soledad me estaban minando. Jamás olvidaré la ternura con la que me recibió al reencontrarnos, de nuevo en Sevilla, en la taberna Picalagartos. Yo, cargando con el fracaso de malograr mi beca en un mes; ella, disimulando su estupor por mi fragilidad, mi falta de determinación, mi inmadurez y, encima, esa melena corta a mechones desemparejados que me traje, como el colmo de lo chic.

Fuera para que me divirtiera o para entrenarme en superar retos, Simone se empeñó en contagiarme su pasión por la escalada. Algo que a su vez a ella acababa de inocularle Alex, un muniqués, estudiante de Arquitectura, de quien estaba enamorada. Me incorporaron a su grupo y, tras varias excursiones por las sierras de Cádiz y Málaga, me vi en la expedición a los macizos marroquíes de Beni Snassen donde para mí, aunque sea de forma indirecta, arranca el escabroso asunto en que nos acabamos involucrando.

Revivo el instante de esa mañana. Yo pegada ya bien alto a la pared rocosa. La piedra helada en mi mejilla, sus aristas arañándome. Latidos en el pecho como latigazos. No-

taba los dedos crispados dentro de los pies de gato. Me esforzaba en estirarlos, como también los de las manos para abarcar del todo los salientes. Mis palmas y yemas se apretaban contra la montaña, casi fundiéndose. Las últimas falanges blanquísimas bajo el magnesio que ya las aclaraba. Pensé: «Así podría seguir, sin moverme». Pero había que subir, seguir adelante. Conque me impulsé. Noté el gemelo derecho hacerse bola justo bajo la corva. Repetí el gesto con la pierna izquierda y metí la puntera en otro recoveco. Las manos, arriba, tanteaban el mapa de agarre. Volvieron a amoldarse. Sólo que en esa zona había menos relieve. Menor diferencia entre el dentro y el fuera. Intenté pegar mi pecho y vientre a la vertical. Me estorbaban las rodillas. Las giré una a una hacia fuera y noté la tensión en la cara interna de los muslos y en los glúteos. Estaba en un equilibrio apurado. El viento sopló, y tuve que reajustar los contrapesos. Con la boca entreabierta, sentí la lengua hinchada y seca. «Olvidate de la sed, del cansancio. Olvida el vacío», me ordené. Mandé a la columna estirarse y, antes de volver a subir la pierna derecha, creí oír crujir las vértebras ampliando el espacio entre ellas. Necesitaba ritmo. Tenía que cogerlo. Di el paso. Sin confianza. Resbalé.

–¡Ah! –Me golpeé el tobillo.

El eco redobló mi quejido.

–¿Estás bien?

–¿Todo bien?

Me vi en una doble cascada de voces desde arriba y abajo.

–¡Sí! –mentí sin pensar.

Necesitaba silencio, calma.

Pero sabía que mentía. La pared era demasiado para mí. Estaba justo a la mitad. Subir o bajar marcaba la diferencia entre un logro o volverme a rajar, «como en Francia», fracasar y quedarme allí abajo, a la sombra de la furgoneta,

en un solitario paraje marroquí, esperando un rato al grupo, sin integrarme.

—¿Alba?

Simone me conocía demasiado. La miré un segundo, pero los muslos me empezaron a temblar con esos espasmos que llaman «la moto». Lo peor, en verdad, era la voz interior que me contaba que a media pared estaba en una maldita encrucijada donde quería hacer cumbre, pero también bajarme. Y que mi bloqueo estaba jodiendo a toda la cordada.

Oí el deslizar de la cuerda de Simone al rescate. Una vez paralela a mí nos miramos y me costó no derrumbarme.

—Alba, éste es el peor tramo, pero no es largo. Venga, dale.

—No creo que pueda. No pasa nada. Seguid vosotros. Me bajo.

Simone no pudo evitar hinchar sus carrillos en un gesto de hartazgo. Pero apretó los labios, se tragó su impotencia sin reprocharme nada, pensando quizás en el infarto mortal de mi padre.

—Puedes bajar si quieres —concedió, sin ofrecerse a acompañarme—, pero...

La vi repasar mentalmente argumentos para convencerme.

—¿Qué es mejor? ¿Qué prefieres?

Yo evoqué la acogedora luz bajo las copas de nísperos y naranjos donde habíamos aparcado. Pensé en apoyar la espalda en el tronco de uno de los árboles, en cerrar los ojos y, adormilada, concentrarme en el olor del campo hasta que el grupo bajara.

—Sabes que rendirse es peor —contestó al no hacerlo yo—. En esta vida hay que luchar, perseguir lo que una quiere. Sólo así se avanza, se alcanza. Un nuevo paso, el siguiente.

Entre las frases que me decía había otras que callaba para no herirme pero que aun así yo oía. Hablaban de lo

mucho que ella había estudiado y trabajado para conseguir ese Erasmus que en su caso no se podía permitir desaprovechar. Seguramente también pensaba en el terrible trauma que Alex sobrellevaba sin llamar tanto la atención como yo y que entonces ella aún me ocultaba.

–La vida es lucha, Alba. Vamos, tú puedes. Inténtalo –me alentó.

La fe que irradiaba me recordó a mi padre.

Él confiaba tanto en mí... Estaba tan orgulloso de anatemano por la mujer que yo iba a ser. Ésa a la que no llegó a ver...

Mi padre y mi madre, su generación extraordinaria, luchadora antifranquista, otra bella cumbre inalcanzable. Era imposible no admirarlos por logros suyos concretos como llevar la planificación familiar a los barrios, cuando él acababa Ginecología y ella era estudiante de Historia, pero sobre todo activista feminista. Juntos descubrieron la píldora a chicas sin hijos y a madres ya de varios, evitando un sinfín de embarazos no deseados. En lo que llamaban el Distrito 7 y hoy es el Polígono Norte, a él le dedicaron la plaza Doctor Mario Llera poco después de su muerte, en gratitud por tanta prevención y por ese último recurso de los abortos seguros y respetuosos que practicó. La gente esperaba que mi hermano Pablo y yo siguiéramos sus pasos, siquiera uno de nosotros. A nuestro padre nunca lo decepcionamos. «Magos los dos, de la vida y los sueños», decía sonriente al referirse a que Pablo estudiaba Biología y yo Cine.

Simone carraspeó. «Reacciona por ella», pensé. «Por papá». Al fin acallé mi voz o, para ser más exactos, sólo repetí: «Pared, pared, pared», con las variantes de «brecha, lasca, saliente». Simone, al verme salir del atolladero, reinició su ascenso, y yo, tras ella. Puse y quité pie, puse y quité mano, separé o acerqué vientre, pecho y cara al risco graní-

tico. Tenía el aroma de la piedra tan metido en las fosas que lo mascaba y tragaba. «Pared, pared, pared» de nuevo. Silencio un instante. La suave brisa que antes me molestaba ahora me impulsaba. «Escala, escala, escala». Los músculos tensos en los antebrazos; bíceps y tríceps dando el máximo; el cuádriceps abombado en el muslo levantado. De pronto, me sentí a la vez liviana y poderosa.

Simone clamó: «¡Cumbre!». Sin distraerme levantando la cabeza, la imaginé agarrando la mano de Alex para ese último impulso a la cima, luego besándolo. Debió de asomarse al borde y desde allí me gritó:

–¡Vamos, Alba! ¡Ya lo tienes! ¡Venga, que no queda nada!

Al fin, su mano, esa mano suya, pequeña y compacta, agarró mi muñeca y parte de mi antebrazo para darme el último tirón.

Fabrice, el estudiante de Ingeniería que compartía piso con Alex, situado entre ellos dos, levantó el pulgar y me sonrió.

–¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Lo ves? –Me abrazó Simone, exaltada–. ¿Sientes la adrenalina? ¿La notas? –Giramos en corro, borrachas de proeza.

Yo reía y asentía, tratando de recuperar el aliento, sin habla, con aquel regusto raro pero satisfactorio en la garganta.

–¡Loca! ¡Mira que eres loca! –siguió Simone–. ¿Cómo se te ocurre pararte en pleno ascenso? –se frenó de pronto y me agarró la cara–. No es el momento de pararnos, ¿de acuerdo? ¡Estamos lanzadas! ¡La vida es aventura! ¡Hay que vivirla! –me enrolló y me soltó luego como a una peonza.

–¡Reto conseguido! –gritó al llegar detrás de mí Aicha, la belga de origen bereber que nos había embarcado en ese viaje.

–¡Somos imparables! –voceó en inglés otro alemán, suizo o austriaco que nunca llegué a conocer bien.

–¡Sííí! –exclamó Simone, entusiasmada–. ¡Imparables! –repitió, haciéndome cosquillas–. ¡Dilo, Alba! –me animó, y obedecí.

–¡Imparables!

La palabra desataba una energía liberadora, contagiosa y, al borde del precipicio, todos acabamos aullándola como una manada de lobos desafiando al infinito.

«Nador no es bonita», repetía Aicha, quizá porque hacía Bellas Artes y quería dejar claro su sentido de la estética. «No tiene medina como las de Tetuán o Tánger», avisaba. «A mí me encanta porque soy de aquí, por las vacaciones en familia, por mis amigos... Pero bonita no es», casi se excusaba. Estábamos los diez o doce en la esquina del bulevar principal, el Mohamed V, decidiendo qué hacer hasta el momento de ir en la furgoneta a Melilla para embarcar de vuelta a Málaga. Yo los oía de fondo, distraída, mirando el pequeño edificio con aroma a casino social y forma de barco varado que teníamos al lado, ahí al pie de la Mar Chica. La Mar Chica es muy curiosa: un Mediterráneo hecho laguna sin la más mínima ola. Al amanecer refleja, casi emana, brumas rosas y naranjas. Ahí donde estábamos era un contraste la delicada luz, como una gasa, frente a las losetas rotas y levantadas; la mezcla de brisa fresca con bocanadas de peste a cañería. Oí decir a Simone algo de un té moruno con churros, y al volverme vi a Alex y Fabrice encaminarse al lugar del puerto donde los pescadores recosían sus redes mientras otros tiraban al santuario sobre la colina.

–¿Qué hacemos nosotras? –nos miró desconcertada Aicha.

–A mí me da todo igual –resopló Simone, dolida porque Alex no la hubiera esperado ni se hubiera vuelto a mirarla.

Por contentarla, fuimos a donde los churros, pero ya estaba contrariada sin remedio. Masticaba sin saborear, evitaba mirarnos, bebía sólo por ayudarse a tragar. Cuando en vez de apurar el té la vi aplastar con cierta saña las hojas de menta presionando la cucharilla contra el cristal, planteé:

–¿Buscamos al grupo?

–¡Los encontraremos rápido! –quiso animarla Aicha–. Estarán paseo marítimo arriba y abajo.

–Paso de ellos. –Se levantó Simone muy resuelta y dejó unos dirhams sobre la mesa–. Vayamos ciudad adentro.

Aicha acercó el dinero al camarero y empezó a hablar con él en amazigh, pero de pronto, como si cayera en algo, vino a proponernos:

–¿Queréis llevaros algo de recuerdo? ¿Un regalo?

Simone seguía con el gesto enfurruñado. Yo en cambio pensé que era una excusa perfecta para pasar página y entretenernos.

Siguiendo a Aicha, brujuleamos entre locales comerciales cuyas chilabas, pañuelos y caftanes colgaban de alambres y perchas alrededor de las puertas o anclados en cáncamos de las fachadas, y otros que ofrecían sus intensas especias formando gigantescos conos sobre barriles de madera alineados en las aceras. Sorteando tanta mercancía, a veces bajábamos a la calzada, donde nos cruzábamos con infinidad de carros de venta ambulante de fruta y verdura en los que nunca faltaban dátiles y aceitunas. Los vendedores pugnaban por darnoslos a probar. A éste y a aquél les compramos algunos puñados, mientras Aicha espantaba, dulce pero firme, al enjambre de chiquillos que nos pedían monedas. «La, shukran», «No, gracias», «La, shukran».

Más adelante, en una esquina, vi amontonadas en el suelo unas tazas de barro cocido que recordaban a los antiguos búcaros andaluces del campo, sólo que decoradas con

hermosas gotas y trazos en tinta negra. Piezas sencillas que parecían ancestrales. «Artesanía bereber», sonrió Aicha al verme interesada. Compré un par, como portalápices, para mi hermano y para mí.

Aicha miró el reloj como si quisiera que aligerásemos para ver o hacer algo. Así, cruzando entre coches, motos y bicicletas, desembocamos, al fin, en una calle peatonal que, aunque entonces no lo supiéramos, era la famosa Al Kissariat. Allí hasta Simone salió de su ensimismamiento, atónita como yo al ver los escaparates de joyas de lo más ostentosas: pendientes, anillos, brazaletes, collares y, sobre todo, cinturones, con la anchura de fajines, de oro y piedras preciosas.

–Auténticas, sí –respondió Aicha ante nuestra perplejidad–. Se compran y aportan al matrimonio, como dote, por parte de las familias de las novias. –Casi nos asombramos más por la vigencia de tal costumbre–. A ver, tiene un sentido práctico –quiso explicarnos–: siempre pueden empeñarse si en un momento dado el marido pierde el trabajo, enferma, muere... Aunque no tiene por qué ser nada tan trágico –aclaró–. Muchas veces la pareja lo vende simplemente para comprarse lo que necesiten, desde una lavadora a un coche.

En nuestras cabezas europeas no cabía ni esa forma de actuar, ni que en la modesta Nador existiera tal calle rebosante de platerías y joyerías con nombres marroquíes, franceses o españoles: Babel, Rif, Strasbourg, Moderne, Esmeralda... Nos chocaba ese fondo de brillantes escaparates tras tantas vecinas humildes, cargadas de chiquillos y bolsas de la compra que no sólo no se indignaban por la inalcanzable opulencia, sino al contrario, saludaban amistosas a los joyeros y en muchos casos hasta se paraban a pegar la hebra con ellos.

–Fijaos, ahí, en La Blanca Paloma, trabaja mi primo Zaid –apuntó Aicha–. Vayamos. Si os gusta algo, os hará buen precio.

Me entró un agobio tremendo, y supe que Simone sentía lo mismo. Ni teníamos mucho dinero, ni nos gustaba nada tan recargado. Pero, tras sus gafas de sol, Simone me recriminaba de antemano que iba a aceptar por no hacerle el feo a Aicha. Y era cierto que negarnos me habría parecido arrogante, despectivo.

En ese instante justo, fuera por casualidad o por ojear si venían clientas, el primo de Aicha se asomó a la puerta, la vio, la reconoció y le gritó palabras de bienvenida y bendiciones en amazigh. Era todo un espectáculo verlos reír y atropellarse el uno a la otra con comentarios que no entendíamos pero que transmitían lo felices que estaban de re-encontrarse.

–¡Qué bien habla el bereber! –nos la alabó en francés–. ¡Sigue siendo de la tierra! –le echó el piropo que más podía emocionarla.

Sólo por alargar aquel reencuentro merecía la pena que Simone y yo entráramos en la joyería, miráramos lo que fuera y los dejáramos ponerse al día, apoyados en el umbral, pasando revista a abuelos, tías, primos y sobrinas.

–Mirad sin compromiso –nos repetía Zaid de tanto en tanto.

La tienda era tan chiquita y toda ella ocupada por vitrinas blancas rebosantes de destellos dorados y fulgores de gemas que pocos minutos dentro mareaban. Íbamos a salir ya, cuando el primo indicó a Aicha que entrara, la siguió, nos rodeó a las tres y se colocó en su sitio, tras el mostrador. Fue un momento incómodo, porque Simone y yo, aun sin hablar, sabíamos que estábamos decididas a no comprar. Entonces, con una llave mínima, él abrió un cajón y sacó un rulo de terciopelo azul oscuro. Y, la verdad, fue imposible no sentir curiosidad. Una vez sobre el cristal, sus manos, asombrosamente ágiles, desplegaron el paño con cuidado y peri-

cia, de forma que, en segundos, quedó expuesto ante nosotras un revoltijo absoluto.

–Os dije que os trataría genial –susurró Aicha, entusiasmada–. Esto sólo se ofrece a la familia o a clientela muy amiga. Íntima.

Simone y yo aún no entendíamos a qué se refería.

–No son joyas actuales –puntualizó–. Son alhajas antiguas y valiosas, ¿comprendéis? Vendidas por sus dueños. De empeño.

–Ah... –me vi asintiendo.

Asentí, sí, pero la verdad es que era incapaz de distinguir nada en la hipnótica maraña que teníamos delante. Aicha acercó entonces sus dedos al ovrillo de cadenas, extendiéndolas, separándolas, pinzando y desgajando del resto un colgante de plata y turquesa, un desemparejado aro dorado, un broche *art déco* precioso de verdad.

–¡Del Protectorado español! ¿A que sí, Zaid? –me sonrieron sin rastro de reproche por el pasado colonial–. ¿Le gustará a tu madre?

Era una joya *vintage* elegante y ponible.

–Te lo aparto de momento –captó mi interés Zaid, y la colocó a un lado.

Era imposible arrancar la vista del terciopelo azul marino y la amalgama metálica que había encima. Hasta Simone empezó a buscar con nosotras. Yo me sentí como cuando, de niña, en la playa, recolectaba conchas, caracolillos, nácares o habitas de la suerte.

–¡Mira, Simone! –le pasó Aicha una pulsera–. ¡Ah, me encanta esta sortija! –Se puso ella un anillo algo oscurecido–. ¿Y ese pendiente? –Se fijó en el triángulo de coral rojo sobre plata que yo tenía en mi palma–. Muy bonito. –Se unió a buscar su pareja.

–Típico ajuar bereber –anunció Zaid–. De varias piezas.

–Lo tengo –apuntó firme Simone.

Pero por el enganche no era un pendiente, sino un colgante.

–Os lo he dicho, es un conjunto –asintió Zaid, orgulloso–. Hay que buscar más. –Pasó su mano abierta sobre las piezas y, de pronto, fue como si una ola sacara a la orilla una caracola.

–¡Aquí! –aplaudió Aicha, muerta de risa–. ¡Pruébatelos!

Me puse los pendientes frente a un espejito ovalado, y Zaid sacó una cadena para el colgante.

–¡Mirad: el anillo! –encontró Aicha el remate del juego y me lo colocó en el dedo–. Te sientan genial. Estas cosas ya casi no se encuentran, ¿verdad, Zaid? –Lo miraba chispeante.

En verdad eran joyas diferentes. Atávicas y a la vez vanguardistas. De un exotismo brutal, pero, al mismo tiempo, tan de mi estilo bohemio, tan mías como si llevara años con ellas puestas. Me gustaba cómo contrastaban con mi pelo oscuro y mis gafas redondas de pasta. Cuando Zaid dijo por cuánto me las dejaba, al cambio, me resultaron tan baratas... que las compré, sí, me las llevé, creo que hasta puestas, y desde luego las usé, las he usado muchísimo desde entonces. Tanto de diario como en fiestas. Sin hacerme la menor pregunta.

Hasta el día aquel, de nuevo juntas en Nador, Simone y yo, pero no en ninguna joyería, no, sino ante uno de los incontables carros de frutereros ambulantes, cuando en un segundo entendí y a la vez rechacé, me negué a aceptar que ese otro hombre, llamado Udad, nos animara a quedarnos con lo que, contra la ley y la ética, se atrevía a ofrecernos. Ahí me di asco, arcadas, por verme envuelta en lo que estábamos implicadas. Y, recordando el pasado, por no haber pensado jamás, esos años atrás, en la mujer que para que yo un día me quedara con lo que tanto me gustó, con lo que deseé tener, antes, ella, a la fuerza, lo tuvo que perder.

Simone me ha llamado millones de veces. Primero, cuando yo vivía todavía en casa de mi madre. Entonces ya existía el *mail*, pero para quedar y salir usábamos el fijo. En verano, por ejemplo, un día ya sofocante en que me costaba concentrarme en los apuntes me llamó y al descolgar la oí gritar:

–¡Fiesta mexicana! –y se arrancó a cantar–. ¡Cómo quisiera poder vivir sin aire...! –dándole un rabioso ritmo roquero, inexistente en su versión original, al más famoso tema de su adorado grupo Maná.

Ella y los demás Erasmus hacían muchas fiestas, incluso entre semana. Alex y Fabrice vivían alquilados en dos cuartos de una casa rarísima de tres plantas, patio y azotea en un callejón trasero de la plaza de La Alameda. La calle arrancaba estrecha, y luego se ensanchaba, pero era poco transitada porque sólo daba al solar de un cine abandonado. Se suponía que en el edificio vivía un inglés organizador de safaris, pero nunca llegué a verlo porque siempre andaba «en África». Mientras, Simone, cuyo apartamento era un minúsculo y oscuro bajo en la cercana calle Baños, ejercía de dueña de su mansión y de perfecta anfitriona de todo tipo de juergas. Cada uno llevábamos algo: latas y litronas, patatas fritas y corpezas, aceitunas..., manjares universitarios. Esa noche fue de Coronitas, nachos y guacamole hecho por Simone, y cuando

yo subí a la azotea, seguida por Fabrice, que bajó a abrirme la cancela, coloridos banderines y sones de rancheras daban a la reunión una ambientación ideal.

Todo era perfecto. O casi, aunque yo tardé en darme cuenta. Simone, con el pelo recogido y un vaporoso vestido beige que le daba un aire de bailarina, me abrazó y me besó, cariñosa. Pero sonreía sin despegar los labios ni mostrar sus dientes, como sí hacía cuando realmente se sentía feliz. Hablamos entre nosotras, con compañeros de la facultad, del grupo de escalada y de su curso de salsa. Había también gente que yo no conocía, amistades de Fabrice y de Alex, quien estaba charlando en otro círculo en la esquina, desde donde me saludó como brindando con su botellín.

–Es Lucero, colombiana –la oí susurrar, y entendí.

Hablaba de la chica vestida de cuero negro, como Alex, aún más bajita que Simone en contraste con él, tan alto y derecho, con más cara de niña, más curvas y un brillante y lacio pelo negro hasta la cintura.

–Estudia con él en Arquitectura –me precisó.

Simone la vigilaba como temiendo que la estuviera reemplazando en directo. Yo, por ciertas miradas de Alex, tuve la impresión de que él se daba, más bien, a un juego de celos.

En algún momento, la música reemplazó el español por el inglés, y dejamos de charlar para bailar y saltar descontrolados. Simone al fondo, cerca de Alex, y yo con Fabrice, porque estábamos tonteando. Él me pasó un chupito de tequila, lamí la sal y el limón en el dorso de su mano, apuré el trago, y giré y giré mirando a la noche, brazos en alto. Recuerdo los graves vibrándome dentro, las carcajadas. El mareo, la ingravidez...

–¡Eh! –gritó Simone, indignada.

Le habían echado encima una cerveza. Según ella, esa chavala.

–¡Voy por un trapo! –me ofrecí por contener la explosión que preveía... o para evitar que me cogiera en primera línea.

Pero escaleras abajo no recordaba qué puerta era la de la cocina.

–¿No sabes ni a qué venías? –me sorprendió oír a Fabrice detrás de mí–. ¡Te ha dado fuerte el tequila! –rio.

–Nooo –le respondí con una risa bobísima y sintiendo en realidad que sí, que mis ideas eran densas, espesas por el alcohol–. Vengo a por un trapo –anuncié como recordándomelo.

–*Le torchon.*

–Sí, *oui...*

–Ya lo cojo yo –giró uno de los pomos, y al poco reapareció.

Era el típico trapo blanco bordeado de una línea roja y otra azul. Fabrice me miró muy serio. Yo no entendí por qué y me carcajeé. Entonces me acercó el trapo, pero, cuando fui a cogerlo, dio un tirón y me impidió atraparlo. Intenté agarrarlo de nuevo, y él tiró fuerte, arrancándomelo de los dedos. Otro que jugaba. Éste como un niño chinchando a una compañera en el recreo. Yo, muerta de risa, lo correteé por el patio. Los dos braceábamos. Hasta que al fin alcancé el cabo y lo cogí fuerte, con las dos manos. Sólo que ni aun así lo soltaba. No lo soltó, pero entonces tampoco tironeó, sino que empezó a girar, haciéndome girar a mí, más y más rápido, aturdidos, perdidos, mirándonos a los ojos. Y a los labios.

De un tirón, él me acercó, me cogió la mano y entramos en su cuarto, olvidándonos ya del trapo.

Si lo cuento es porque Simone, en mi vida... Iba a decir que ha estado en momentos clave, pero en realidad, sin proponérselo, los ha propiciado. Ha causado encuentros,

generado contextos, para que me pasen cosas esenciales. Aquella noche con Fabrice fue la primera vez que me acosté con alguien.

Otra ocasión importante para nosotras fue cuando, recién aterrizada de vuelta en Francia, me llamó y me dijo que había logrado un puesto para mí, con ella, en el Festival de Verano de Nantes. Fuimos becarias en el equipo que rodaba las conferencias y conciertos, y, aunque no cobramos, aprendí mucho tanto de aspectos técnicos como de la coordinación de tareas.

Además, yo nunca la habría conocido de verdad, como creo conocerla, sin verla en su hogar, con su familia, en su tierra, entre pequeños detalles. Como ese buzón artesanal de madera pintada en rojo que daba la bienvenida al jardín de la casa familiar, en una pedanía cercana a Nantes. Una manualidad, entre los macizos de romero y lavanda, fabricada por adultos, pero donde una mano infantil y resuelta, la suya, había escrito con tesón, en azul, el apellido familiar: Girard.

Nada más aparcar junto a la valla, Simone salió de un salto del coche, sacó mi mochila del maletero y se la cargó al hombro. Agnès y Hélène salieron a recibirnos casi como una misma mujer en etapas distintas de su vida de tan parecidas que son. Simone es la diferente. Sale al padre, Jules, como Julio Verne, el hijo predilecto de Nantes, aunque no sé si el nombre es o no homenaje al escritor.

Huellas de Jules, de Jules Girard, seguían visibles en aquella casa incluso tanto después de que se hubiera ido, de que Agnès y él se separaran, siendo Simone y Hélène muy pequeñas. El estilo bucólicamente hogareño de la cocina, blanca, con mantel y pañitos en vichy rojo y blanco, la imprevista campestre del baño, forrado con papel de flores malva, chocaban con aquel salón donde el comedor provenzal

convivía con un mueble bar de aluminio y espejos, un sofá de escay negro y una bola de discoteca, todo presidido por el puzle gigante de una imponente Harley-Davidson.

No había fotos de él, eso no, pero yo habría jurado que las bebidas que relampagueaban en las licoreras a medio vaciar, con sus tonos cobres y dorados, otras transparentes y hasta una verde, eran de tiempos de Jules y estaban desde entonces casi intactas. No porque Simone, Hélène o Agnès no bebieran –aquellos días compartimos cerveza, vino y *pastis*–, sino porque costaba imaginarlas tocando aquel atrezo del pasado capaz de darles un chispazo y electrocutarlas.

Durante mi estancia, Simone llamó varias veces a su padre para quedar y presentármelo, pero el garaje donde trabajaba de mecánico parecía el más solicitado de Francia. Sólo lo vi cuando visitamos a la famosa abuela Aurélie, impactante octogenaria en vaqueros, veterana de la resistencia antinazi, con su perenne cigarrillo en la comisura de los labios. Y ahí no es que lo viera en persona, sino en los múltiples retratos colocados en las paredes y sobre los muebles. Aurélie, como Simone, adoraba a aquella especie de Johnny Hallyday, rubio, alto y delgado, siempre con chupa de cuero y pitillos ajustados, a menudo encima de una moto, fotografiado por no se sabe quién ni qué rumbo llevaría.

«Él te quiere y lo sabes, como yo que me quiere a mí», oí a la abuela, y al mover mi vista del aparador al espejo capté la mirada imperativa con que Simone la mandó callar. Ella no se permitía la fragilidad que en nosotros la conmovía. Se esforzaba en disimular que los vaivenes de su padre, sus novias y ausencia no le importaban. Que estaban asumidos, superados.

En los días de descanso que nos daban durante el festival, ella me llevó en coche por su amada Bretaña, parando allí donde tenía amistades dispuestas a acogernos. Hicimos

noche en Rennes, en Dinand, en Dinard y hasta en una cabaña en medio de un espectacular viñedo donde se alojaba un amigo de la infancia, en prácticas allí como enólogo. Cuando regresábamos de la última de esas escapadas antes de volverme a España, oyendo música y cantando, yo, descalza y con los pies en el salpicadero, ella atenta a la carretera, de pronto, sin venir a cuento de nada me anunció:

–Necesito contarte algo, algo que no sabes. Confío en que no se lo dirás a nadie.

Pensé, por como lo dijo, que era algo suyo, muy íntimo, tal vez suyo y de su padre, suyo y de su infancia... Pero no, era de Alex.

–Él, además de su hermana Susanne –empezó–, tenía un hermano mayor, Herman. Pues bien, Herman se ahorcó unas navidades, mientras todos dormían. Lo encontraron por la mañana.

No supe qué decir. Ni tampoco entendía por qué me lo contaba, aunque habíamos hablado mucho de él ese verano y, de hecho, me parecía que haberme invitado era un modo de prolongar el curso ya acabado y retrasar el miedo a su incierto futuro juntos.

Quizá Simone necesitaba transmitirme que Alex, como yo, como ella, estaba herido por una gran ausencia. Aunque eso se me ocurrió más tarde, ya en septiembre, cuando Simone volvió a llamarme y me anunció que dejaba colgado su máster y se trasladaba a Alemania.

–A Berlín, no a Múnich con Alex, para aprender alemán y estar cerca, pero sin agobiarlo.

Ahí sentí que iba a dejarse la piel por evitar que ese novio la dejara y desapareciera igual que, en su infancia, su padre se volatilizó.

Quizá comenté algo inconveniente, me refiero a algo sensato sobre «pensar en una». Si yo hubiera suspendido mi